

una circunstancia con que tal vez contarás tú.
El otro.—¿Cuál?
El uno.—Esta. Si fuiste rico y tus descendientes no te han olvidado, ellos no permitirán que te saquen de aquí.
El otro.—¿Cómo! Esta es cuestión de pobres y ricos? ¿Qué! Hasta

El otro.—¡Ah! Debieran enterrarlo a uno con su dinero, esto sería lo mejor.

El uno.—No; escucha. Yo sé, porque se lo he oído al guarda, que muchos no saldrán de aquí, porque sus deudos pagarán por ellos.

El otro.—¡Dios Santo! ¡También los muertos han de pagar contribuciones, también han

puede con su dinero asegurarse una morada permanente en este recinto y aun hacerse rica, tienen el privilegio de hacer sonar su nombre cuando ya no es nada!
El otro.—Mas, no envidiemos la fama que hará conocer a los venideros tiempos el nombre y proezas de

de contribuir para que coman los vivos! Entonces, compañero, más vale ser pobre y que nos echen de aquí.

El uno.—Puede ser que alguno de tus descendientes haya enriquecido después de tu muerte.

El otro.—No me lo imagino; porque dos hijos y tres sobrinos que me sobrevivieron eran

sus cenizas?
El uno.—¡Triste humanidad! Solo el que hizo ruido sobre la tierra, tienen el privilegio de hacer sonar su nombre cuando ya no es nada!
El otro.—Mas, no envidiemos la fama que hará conocer a los venideros tiempos el nombre y proezas de

EDICIONES
DOSIS MINIMA
 dosisminima.org

me espere después de un río lo que no tuve necesidad de sufrir en vida!, que vengan a andarme con fierros dentro de la boca! No, no lo sufriré. Le ajustaré tal mordisco...
El uno.—¿Qué estás diciendo, hombre! No te acuerdas de que estamos muertos? Lo que puede salvarnos es

11 DIÁLOGO: HABLAN DOS MUERTOS

*Publicado en Bogotá,
 domingo 17 de enero de 1847.*

El uno.—¿Sabes lo que estaba diciendo ahora poco nuestro guarda?

El otro.—¿Qué decía?

El uno.—Que nos van a sacar de aquí.

desapareceremos para siempre.
El uno.—?Y que te parece si asiste a la operación algún dentista? Nos sacará todas las muelas, todos los dientes y colmillos! *El otro.*—!Hombré! Esa sí que fuera pegadura. Yo que tengo mi dentadura sanita, pues nunca se me dañó ni un solo diente, ¡que se

El otro.—?Y a dónde nos llevarán?

El uno.—!Quién sabe! Como nos saquen íntegros... Porque esto de andar el día del juicio buscando aquí y allí pedazos de nuestros huesos.

El otro.—Eso es lo de menos; lo que a mí me intimida es que nos rieguen por ahí abajo, porque entonces sí que

los que se llamaron grandes; porque ni sus proezas ni su poder pudo librarlos del escarnio.
El uno.—Esperemos tranquilos aquel día en que han de desaparecer los honores y distinciones del mundo. En ese día tremendo se ajustarán cuentas y veremos cómo salen los que

nos echarán de aquí porque no pagamos arrendamiento.

El uno.—Lo dudo.
El otro.—En fin, es- peremos; pero entre tanto pensemos en las miserias de este mundo, de que no nos vemos exentos ni aun fui rico; y aunque lo hubiera sido y hubiera dejado a mis herederos cuantiosos bienes, ¿crees tú que hoy me harían el favor de libramme del destierro?

unas pobres almas de Dios, incapaces de buscar, no tenían genio para hacerse ricos.

El uno. —Conque, aprontemos los corotos para la marcha.

El otro.—Compañero, se me ocurre que pueden olvidarse de nosotros y que nos dejarán gozar del eterno descanso.

debajo de la tierra han de perseguirnos los efectos de la pobreza? El dinero, solo el dinero ha de valerle a uno hasta más allá de la tumba? No; yo no fui rico; y aunque lo hubiera sido y hubiera dejado a mis herederos cuantiosos bienes, ¿crees tú que hoy me harían el favor de libramme del destierro?

El uno.—!Cómo no lo he de creer! Ese es precisamente el negocio: a los deudos de los que aquí estamos se les anuncia que van a echarnos de nuestra mansión (que visto está que no es la última mansión, como la llaman los vivos), y se les previene que esto puede evitarse contribuyendo con alguna cosa.